

Elogio de los imprevistos.

Una experiencia etnográfica con “la clase alta”.

Victoria Gessaghi*

RESUMEN: El trabajo que se presenta a continuación relata un ejercicio de reflexividad acerca de los problemas teórico metodológicos que asomaron a lo largo de la experiencia etnográfica que condujo a una tesis doctoral sobre las trayectorias educativas de “la clase alta argentina”. Se describen los errores, los desaciertos, los imprevistos que se volvieron “datos etnográficos” y que modificaron la forma inicial de comprender ciertos procesos.

El artículo se divide en tres partes que se corresponden con los desafíos surgidos durante el proceso de investigación. En primer lugar se detallan los obstáculos encontrados al tratar de definir el objeto de estudio y cómo dejarse llevar por el desconcierto fue lo que permitió documentar el “trabajo de formación de la clase alta”. Seguidamente se narran las tensiones que asumen las relaciones en el terreno y los estados del investigador en él para describirlos como dinámicos y cambiantes. Se subraya que los problemas de acceso, las dificultades y las sucesivas aperturas en el desarrollo del trabajo de campo son constitutivos de los procesos que analizamos. Finalmente se señala que comprometerse con un abordaje etnográfico implica necesariamente contemplar las emociones y la sensibilidad que se construyen en la relación entre investigador y sujetos de la investigación como uno de los modos de construir conocimiento. Se sostendrá que la subjetividad del investigador no es un obstáculo, si no que la experiencia etnográfica implica un estar-sentir-saber ahí que no debe ser silenciada ni confinada al diario de campo.

Palabras clave: Clase alta – Reflexividad etnográfica – Trabajo de campo.

ABSTRACT: The paper displays an exercise in reflexivity about the theoretical and methodological problems that arised throughout the ethnographic experience leading to a doctoral thesis on the educational trajectories of “Argentina’s Upper Class”. Errors, mistakes, and unexpected events turned into “ethnographic data” and changed the initial way certain processes were understood. The article is divided in three parts that follow the challenges encountered during the research process. Firstly, we describe the obstacles encountered when trying to define the object of study and how letting the experience unfold allowed us to come across the “process of upper class formation”. Secondly, the paper enumerates in detail the relations built in the field and the researcher’s states in it and describes them as dynamic and ever changing. It is emphasized that access problems, difficulties and successive openings in the fieldwork are constitutive of the processes analyzed. Finally, it is highlighted that committing to an ethnographic approach involves necessarily becoming aware about emotions and sensitivity that arise in the relationship between researcher and research subjects as one of the many path to producing knowledge. The paper argues that the subjectivity of the researcher is not an obstacle and that the ethnographic experience of “being-feeling-knowing there” should not be silenced or confined to the field diary.

Keywords: Upper class – Ethnographic reflexivity – Fieldwork.

*“La paloma que siente la resistencia del aire
piensa que podría volar mejor en el vacío”
Ricardo Piglia, “Respiración artificial”*

Introducción

En este artículo relato una experiencia de investigación. La que condujo a mi tesis de doctorado sobre las trayectorias educativas de “la clase alta” argentina. No todo. Me voy a concentrar en algunos desconciertos, otras confusiones, tal vez desaciertos, que me condujeron a través de anticipaciones de sentidos o conceptualizaciones que no estaban allí desde el inicio. Relato una experiencia etnográfica que fue la expresión de una metamorfosis en mi saber, sentir y ser en ese entrecruce particular de encuentros con los sujetos de investigación (Rockwell, 2009). Pero, y aquí va la advertencia: está es mi propia experiencia. Y aunque este artículo se divide en tres partes que deberían corresponderse con algunos problemas teórico-metodológicos de la investigación social, en realidad lo que describen es mi propio proceso de investigación, mis inquietudes y mis formas de solucionarlos. Cómo algunos imprevistos modificaron mi forma de comprender ciertos procesos, de manera de enfatizar que el trabajo de campo es una experiencia personal, siempre irrepetible y de celebrar que lo mejor que puede pasar cuando se hace investigación social es no salir indemne del proceso, es dejarse transformar por el terreno.

Del objeto a los procesos

Me metí con “la clase alta” argentina más allá de mi voluntad. Inicié mis estudios de doctorado con el interés de estudiar las experiencias formativas de los sectores más privilegiados en la Argentina. Desde una perspectiva teórica quería profundizar los análisis de la “fragmentación educativa” (Tiramonti, 2004) pero tenía ideas muy vagas acerca de cómo concretar estas inquietudes. Las “elites” se imponían cada vez más como un campo significativo para ser abordado por la antropología en nuestro país¹ y mi intención original era operacionalizar una definición acabada de la clase dominante que remitiera a una posición estructural en base a determinantes económicos y que me permitiese embarcarme en un trabajo de campo con sujetos concretos.

Había leído que el inicio de una investigación etnográfica suele ser bastante angustiante en tanto no es habitual llevar las cosas claras. Es un proceso que implica, sobre todo, ir aclarando el sentido del trabajo. “En el carro se arreglan los melones” solía repetirme por aquel entonces mi consejera de estudios mientras los intentos denodados por circunscribir un objeto de estudio me embarcaban en discusiones teóricas² que lejos de aclararme el panorama, lo volvían cada vez más confuso. El indicio acerca de cómo avanzar apareció una vez que decidí dejarme llevar, de manera intuitiva, por aquello que asomaba en el terreno.

Entre lecturas y conversaciones con expertos, pero también a partir de diálogos con amigos y allegados, llegué a confeccionar una lista de veinte de los empresarios más importantes de nuestro país como punto de partida de lo que yo consideraba “la clase dominante”. Indagaría en sus trayectorias educativas y para eso necesitaba concretar la primera entrevista. En ese intento, la lista llegó a manos de una compañera de facultad que prometió mostrársela a su padre: un diplomático argentino de

renombre que conocía a mucha gente y a quién “le divertía” mi estudio sobre “las elites”. Unos días más tarde, Laura me contó que su padre había mirado el listado y me mandaba decir que entre los posibles entrevistados había uno que no pertenecía a “la clase alta”. Esa persona era Franco Macri.

Ese fue el puntapié inicial de un insospechado cambio de rumbo. A partir de conversar sobre aquello que diferenciaba a Macri de algunos otros hombres de negocios argentinos, empecé a recoger una trama discursiva que identificaba a “la clase alta argentina” con “las grandes familias”³. La identificación reiterada de “las familias tradicionales” con un grupo superior y privilegiado dentro de nuestra sociedad aun cuando –según se me explicaba– éste no siguiera siendo un grupo económico dominante hizo que me inclinara por indagar acerca de esa categoría social. Su presencia era tan sobresaliente en el discurso de distintos sujetos sociales que comenzó a hacerse difícil no prestarles atención. Si iba a ignorar tanto discurso nativo, ¿para qué lanzarme a hacer trabajo etnográfico?

Escuchar el campo me permitió afinar las categorías teóricas desde las cuales realizaba mis observaciones y registros en el terreno a la vez que atender a ciertas particularidades de los procesos de desigualdad en nuestra configuración social específica. Problematizar la adecuación entre “la clase alta” y *clase dominante* fue uno de los desafíos que impulsó el abordaje etnográfico a lo largo de la tesis.

Mi estudio sobre “las grandes familias” se enmarcó en una tradición dentro de la etnografía educativa latinoamericana⁴ que retoma las críticas a las versiones más deterministas del modelo de “base” económica y “superestructura” ideológica derivada de la obra de Marx (Thompson, 1984). Su rechazo a todo determinismo lineal y apriorístico así como el énfasis en la acción humana, subrayan la importancia de comprender cómo los sujetos experimentan y manejan las presiones determinantes de los procesos estructurados. La clase social, señalan Rockwell y Espeleta siguiendo este abordaje, no es una agrupación de población sino una relación histórica. La clase, señalan las autoras, es una categoría pertinente sólo en la escala del movimiento social. Eso “*exige la búsqueda de categorías adecuadas a la escala de la vida cotidiana, en la que adquiere relevancia el sujeto social particular, sus saberes y sus prácticas*”. El vínculo más significativo entre la formación de clase y la vida cotidiana se encuentra en los contenidos y los sentidos, generalmente contradictorios, de relaciones y procesos sociales en los que se involucran los sujetos particulares y no en la “pertenencia” de clase derivada de ingreso, ocupación, etcétera (Rockwell y Espeleta, 1985: 198).

En otras palabras, cuando me decidí a trabajar con “la clase alta” el objeto de mi investigación se alejó de cualquier pretensión de definir a las clases y su lugar en una estructura. No porque esa mirada carezca de valor, sino porque no es la que me interesaba abordar a mí. Quería explorar y deconstruir a la “clase alta” como categoría nativa y no en tanto derivación de modelos objetivistas de clase. Al documentar las representaciones y prácticas heterogéneas a través de las cuales los sujetos negocian las fronteras porosas e inestables de “la clase alta”, el propósito de mi trabajo de investigación dejó de ser determinar si quienes se reconocen y son reconocidos como parte de “la clase alta” efectivamente lo son, o no, con arreglo a un modelo particular de estructura de clases. Encontré más estimulante atender a los modos en que los entrevistados disputaban la legitimidad de pertenecer a “la clase alta argentina” y desde qué posiciones lo hacían. Es decir, el trabajo que realizaban por imponer una definición particular de la misma. Mi preocupación pasó a ser, entonces, la de ana-

lizar la producción social de “la clase alta” en una configuración que integrara múltiples discursos, complejos sentidos y prácticas de sujetos concretos en una constante negociación.

El abordaje, lejos de circunscribirse a recoger “la auto percepción” de los sujetos como parte de “las grandes familias”, trató de reconstruir el proceso de producción de este grupo social. Es decir, el trabajo activo y conflictivo que involucra a los miembros –siempre en discusión– de ese grupo social pero que los trasciende. La “clase alta” surgió en el terreno como relación histórica, como parte de un proceso fluido, en el que se hace a sí misma tanto como es hecha por otros⁵ (sujetos, discursos, agencias). Sin que lo hubiese previsto, uno de los ejes centrales de la tesis doctoral fue, justamente, seguir el camino que los entrevistados dibujaban y los rastros que dejaban sus prácticas para ir reconstruyendo el *trabajo de formación de “la clase alta”*, es decir, el trabajo de representación que realizan los sujetos por imponer su visión de la propia posición en el mundo (Bourdieu, 1985).

El *trabajo de formación de “la clase alta”* demanda integrar múltiples discursos, sentidos y prácticas de sujetos concretos en una constante tensión y negociación con tradiciones “igualitarias” propias de nuestro país. Encarnados en relaciones históricas, los miembros de las “grandes familias” descartan los determinantes materiales como condición de acceso y permanencia a ese grupo social y participan de la producción social de un discurso moral del privilegio. “La clase alta” se ha visto siempre imposibilitada de construir una casta de nobles cuyos privilegios se sustentan en el nacimiento. Por eso, el trabajo de formación de “la familia tradicional” conjuga un uso de la metáfora del parentesco como criterio de legitimación social con sentidos asociados a cierta meritocracia. Asimismo, la falta de jerarquías consolidadas obligaron a estos sectores a construir sus espacios de distinción de manera continua y manteniendo cierto nivel de apertura social.

Dejarme llevar por el desconcierto y soltar mi objeto de estudio me permitió acercarme más a las formas en que los sujetos participan de las luchas a propósito de la definición de “la clase alta”. Elegir ese debate como objeto de análisis fue la forma de evitar tomar partido en el mismo. Me obligó a desplazarme de los objetos a los procesos.

El campo como proceso y como conflicto⁶

En el comienzo del trabajo de campo planificaba muy detalladamente la vestimenta que iba a usar en cada entrevista. Solía disfrazarme, es decir, buscaba un atuendo que suponía me iba a permitir pasar desapercibida, como uno más: quería dar la imagen de alguien tranquilo, sin estridencias, objetivo. Evitaba los colores fuertes y llamar la atención. Me guiaba por lo que hasta ese momento creía saber acerca de los criterios de distinción de estos sectores. Pero esto no habla de ellos sino de mí. No como persona sino como sujeto en una posición social específica. A lo largo de la investigación *mis estados* en el campo⁷ se fueron modificando, porque las relaciones en el terreno –por suerte– son dinámicas.

“Antes de comenzar nuestra charla Patricio aparece en la sala y ella me lo presenta. Son las tres de la tarde y está vestido con pantalón, saco a cuadritos y chaleco. Es un señor mayor. Debe tener alrededor de 85

años, le cuesta hablar pero deja ver una lucidez impresionante. Extiende la mano para saludarme. Le digo: “mucho gusto” y en seguida pienso: “¡qué aparatosa!”. Lorenza le dice “Ella es Vicky la amiga de Luján que se fue a Francia con una beca que teníamos que mirar y que trabaja sobre la clase alta” “Ah,” –dice él– “¡qué interesante!”. Ella se ríe y me dice “nos está embromando a las dos”. Ambos salen de mi campo de visión y hablan entre ellos. Lorenza va a la cocina a buscar el café, trae la bandeja de plata. Me sirvo el café y derramo la leche sobre la mesa. ¡Quiero desaparecer! Tiendo a agarrar la servilleta para limpiar pero me quedo inmóvil porque veo que son de tela, blancas, limpias y planchadas. No me animo a limpiar la leche con eso. Lorenza ni se inmuta, toda su preocupación es que el café no se nos enfríe. “Si se nos enfría –me dice– no importa, lo calentamos”. Cuando lo trae comenta “este es un café que traje Laura de Costa Rica”. No recuerdo haber visto un televisor, creo que en el living no estaba.

Durante toda la entrevista Lorenza lleva el relato, en ningún momento me plantea si quiero hacerle una pregunta. Pude retomar cuestiones de su discurso pero ella contó de todo sin parar, sin que le formulara ningún interrogante inicial. (...) “Podemos hablar acá porque nadie nos va a interrumpir y después vas a hablar con Patricio también”. Ese tono imperativo va a dominar la charla. “Porque vos estás interesada no sólo en la educación sino en una movida de ver quién corta el bacalao. Podemos organizar esta semana nuestro primer encuentro y después los otros porque seguro vas a necesitar más” me dice, asertiva. Esta actitud como de mecenas o paternalista que me ofrece para guiarme a lo largo del trabajo, esta postulación como informante clave, me resulta ideal, entonces me dejo conducir por Lorenza. Me adelanta algo que efectivamente ocurrirá a lo largo de mis entrevistas: “yo te voy a hacer listas y vas a ver que si los mirás con cara de ¡qué interesante! ¡Te cuentan hasta el color de los calzones!”

Registro de campo, mayo de 2007,
Entrevista Lorenza Tanoyra Benegas

Al acercarme hoy a las notas de mis primeros encuentros con Lorenza⁸, es posible reconstruir cómo fue cambiando mi actitud a lo largo de la investigación. En nuestras charlas iniciales todo era nuevo para mí y la torpeza que caracteriza los primeros días en cualquier campo –cuando uno no sabe dónde ponerse ni cómo abordar algunas cuestiones– se mezclaba con la sorpresa que me generaba este terreno en particular. La distancia de nuestras posiciones sociales profundizaba la incomodidad de la fase liminal (Jackson, 2010) del trabajo de campo: ese período inicial en el que comenzamos a dejar atrás nuestros mundos familiares y aún no nos hemos integrado de un modo satisfactorio –aunque jamás completamente– en el nuevo ambiente⁹. La excesiva preocupación por la vestimenta, por los modales y por evitar decir cosas inadecuadas que delataran la extrañeza que me generaba ese espacio, se sumaba al estrés habitual que genera esa posición liminal, desorientadora, y que es manejado de maneras a veces poco conscientes en el campo. La reflexividad sobre aquello que ocurría en esos primeros contactos en el terreno permite entender las soluciones

culturales que se desarrollan ante la experiencia humana general de “no encajar” (Davies, 2010). El trabajo de adaptación que siempre realizamos al abordar mundos distantes se traduce en formas concretas específicas cuando la distancia compromete a la posición social.

En esos primeros encuentros no podía más que dejarme conducir por los entrevistados, aceptar con poca resistencia lo que imponían, abrumada por nuestras diferencias. Ese estado en el campo fue cambiando. Los sujetos me fueron enseñando y yo fui asegurándome en mi propia posición de modo que, con el tiempo, pude negociar ciertas cosas e imponer otras sin estar tan preocupada por su aceptación –como por ejemplo, dejar de disfrazarme para ir a las entrevistas–. Las relaciones en el campo son dinámicas, se modifican a medida que uno va conociendo y siendo conocido por los otros, generando relaciones de confianza. Pasé de una distancia que nunca fue geográfica¹⁰ sino de extrañeza por las diferencias en las posiciones sociales, a una distancia no inherente al objeto sino construida para comprender su lógica (Abélès, 2008). Dejé de quedar atrapada en ella para comprender cómo los entrevistados construían la distancia como parte de la producción de la distinción social. Es decir, que pude comenzar a desentramar las relaciones sociales que construían las dificultades en el terreno.

“El tema es que uno tiene que distanciarse de sus prejuicios”, decía Lorenza Tanoyra Benegas, “tiene que mirar eso como quien mira a un marciano, no podés mirarlos ni con admiración ni con resentimiento” me aleccionaba ella. “Como yo vengo de otro medio social para mí es todo nuevo...”, fue mi inexperta y errónea respuesta. “Como yo le digo a mi hija: como si estuvieras viendo a un Mocoví”, contestó. Así aprendí que el terreno puede ponerte nervioso y que –lejos de ser un contrato entre iguales– necesitaba comprender el “campo como conflicto”. Dicho de otro modo, como una configuración de relaciones intersubjetivas que son negociadas constantemente, que no son simétricas (varían de acuerdo a las relaciones de género, de edad, de clase, etc.) y que cambian a lo largo del tiempo. Es por eso que la etnografía plantea la necesidad de una permanencia prolongada en el terreno.

Numerosos análisis subrayan los desafíos metodológicos extras del trabajo con las clases “superiores”. Entre los retos más citados se señalan: las dificultades de acceso a “las elites” en términos de con quiénes dialogar (Badaró y Vecchioli, 2009) y acerca de qué es posible hablar (Marcus, 1992), la opacidad de la información que ellas alcanzan a dar (Shore y Nugent 2002), la posición dominada del investigador, la distancia social y la violencia simbólica a la hora de entrevistar a los dirigentes (Pincon y Pincon-Charlot, 2002); la reivindicación de los sujetos de un estatus de colaboradores activos en la investigación (Wagner, 1998), y la constante evaluación del investigador por parte de sus informantes (Marcus, 1992). Sin embargo el trabajo con “la clase alta” me llevó a sostener que no es en el objeto en donde reside tal especificidad metodológica. La supuesta relación de dominación-subalternidad entre investigador-sujetos cuando se trabaja con los sectores más privilegiados es dinámica y no es exclusiva de la construcción de conocimiento con las elites. Las relaciones en el campo cambian continuamente. En este sentido no hay mayores diferencias cuando se investiga con “la clase alta” o con los sectores subalternos (Cerletti y Gessaghi, 2012). La dinámica compleja de las relaciones en el terreno difícilmente pueda asimilarse a un vínculo de dominación y subalternidad y mucho menos aún en una dirección lineal, única. Lógicamente es imposible borrar la diferencia, asimi-

larse o mimetizarse, pero las relaciones de poder se negocian constantemente entre investigador y entrevistados. Estos últimos no son un grupo homogéneo y por eso dicha relación varía de acuerdo a las relaciones de género, de edad, de clase –entre otras cuestiones que difícilmente puedan establecerse completamente a priori– entre los sujetos, y cambia a lo largo del tiempo.

Por tanto, el campo no es un contrato que se establece con los sujetos de una vez y para siempre. Al contrario, es necesario entender las relaciones etnográficas como conflictivas, negociadas continuamente, fluctuantes y dinámicas. Es por eso que –discutiendo con los estudios que pregonan las dificultades de investigar cuando el antropólogo se encuentra en una posición subalterna– en mi experiencia de investigación esa subalternidad fue constantemente negociada y no siempre fue tal. Dado que realicé parte de los estudios de doctorado en una universidad francesa, por ejemplo, venir de París me otorgaba un reconocimiento especial por parte de muchos entrevistados. Por otra parte, las “familias tradicionales” no son un grupo homogéneo y la construcción de dicho grupo social implica la constante disputa en términos de cuál es el principal principio de legitimación de la posición social (Bourdieu, 2013). La educación participa de los procesos de jerarquización de “la clase alta”, por lo tanto el hecho de estar haciendo un doctorado me otorgaba un criterio de distinción que los entrevistados reconocían cómo legítimo.

Por otro lado, el acceso a la información en el campo nunca es completo, ni casual: se inscribe dentro de una relación que toma en cuenta la posición del etnógrafo. Durante el transcurso de la investigación pude trabajar en el Jockey Club. Mientras que la sede central de dicha institución sólo acepta hombres, la sede social ubicada en San Isidro permite la presencia de mujeres. En un espacio, permanecí escondida en la biblioteca bajo el control cauteloso del bibliotecario y en el otro, pude participar de numerosos encuentros sociales familiares y cenas de beneficencia. Fue mi condición de mujer y no las relaciones de clase lo que me facilitó u obstaculizó la observación y la participación en ese caso (Gessaghi y Cerletti, 2012).

A pesar de lo que algunos pudieran sospechar¹¹, nunca recibí una negativa para realizar una entrevista, ni siquiera a que ellas fueran grabadas; jamás me demandaron una nota explicativa acerca de qué iba a hacer, dónde iba a ser publicado, etc. Y esto lleva a enfatizar que tanto los problemas de acceso, como las dificultades y las sucesivas aperturas en el desarrollo de la investigación etnográfica son constitutivos de los procesos que analizamos. Por tanto, deben ser explicados en sus tramas de producción. La apertura del campo con “las familias tradicionales” tuvo que ver con el trabajo activo y dinámico que realizan una heterogeneidad de sujetos y que constituye el proceso de producción de “la clase alta”. Aquí, el desafío no fue cómo darles voz a los sujetos sino cómo no ser un vocero del grupo o árbitro de sus disputas¹². En general, los antropólogos se han ocupado de los “otros menos poderosos” y recién comienzan a plantearse cómo representar a las elites que no están en una posición de desventaja en cuanto a los medios de autorepresentación (Yanagisako, 2002; Pina-Cabral y de Lima, 1999). Marcus (1988), por ejemplo, en su análisis sobre las familias dinásticas de Estados Unidos, le da voz a los miembros marginales dentro de ellas para deconstruir sus historias autorizadas. Sin embargo, Yanagisako (2002) señala que el problema principal pasa porque los relatores de las historias familiares no tienen una autoridad inherente sino que ésta debe serle otorgada. En un texto etnográfico, señala la autora, no es posible escapar al poder

de representación que tiene el antropólogo como escritor y como último árbitro de las diferencias entre las narrativas de los sujetos.

Si a lo largo de esta investigación mi posición como antropóloga siempre fue bienvenida, creo que ello se vincula con que estaba ahí para reconocer la existencia de “la clase alta”. El “*trabajo de construcción de las familias tradicionales*” implica el conocimiento y el reconocimiento de los “otros” y mi presencia en el campo contribuía a esto. Si bien no puedo evitar, al trabajar con las “grandes familias”, otorgarles visibilidad a sujetos que se encuentran en una posición que no necesita ser reforzada, mi compromiso como antropóloga es mostrar cómo “la clase alta” es el producto de un trabajo de construcción. Es decir, desnaturalizar la diferencia; poner en evidencia que ella es fruto de relaciones históricas y no derivación de alguna naturaleza esencial. En tanto tal, puede ser contestada.

Dicho brevemente, es necesario comprender el “campo como conflicto”. Es decir, como un proceso atravesado por relaciones de asimetría en que los sujetos –investigador e informantes– negocian, se apropian, controlan y producen el sentido de sus prácticas. Subrayo el carácter negociado de las relaciones en el terreno, con sujetos en cualquier posición social. Suponer que es distinto con un sector u otro –más allá de la ingenuidad moralizante– es imputar pasividad ya sea al sujeto-objeto o al investigador. Cualquiera de estos abordajes resulta problemático (Abélès, 2008).

Modos de conocer

A pesar de mis deseos de definir y controlar cada etapa del trabajo, se fue haciendo evidente que la construcción de un proyecto de investigación se funda ampliamente en la intuición, en la movilización de recursos personales, en la imprevisibilidad. El “arte del campo” está basado en un bricolaje constante en el cual es necesario incluir el azar, pero también aquello que se construye en la relación intersubjetiva entre investigador y sujetos de estudio. En otras palabras: conjugar investigación y sensibilidad (Ghisagan, 2008). Comprometerse con un abordaje etnográfico implica necesariamente contemplar la expresión de las emociones y la sensibilidad como forma de construir conocimiento.

A medida que profundizaba mis diálogos con miembros de las “familias tradicionales” comencé a preguntarme qué hacer con todas aquellas emociones y sensaciones que se producían a lo largo de nuestros encuentros. Así, llegué a interesarme por las emociones y los sentidos como parte del modo en que producimos saberes y representaciones acerca de los otros. Los sentimientos en el campo pueden darnos una idea de cómo comprendemos ciertas situaciones e interacciones en los mundos en los que entramos. La posición del etnógrafo y los estados del investigador en el terreno configuran los modos en que se construye conocimiento. Por esto sostengo que la subjetividad del investigador no es un obstáculo en el proceso de conocimiento si se analiza con el mismo rigor intelectual¹³ que se aplica a otro tipo de datos construidos en el campo (Davies, 2010).

La marginalización de las emociones, señala Davies en un reciente trabajo sobre la emotividad y los sentimientos en la experiencia etnográfica, es consistente con la creencia de que en los abordajes cualitativos o cuantitativos, la subjetividad es algo que debe ser controlado y reprimido (2010: 2). Sin embargo, a lo largo de la historia de la antropología se dieron numerosos debates en torno de la relación entre subje-

tividad y epistemología. Si la inclusión de la “participación” como herramienta de conocimiento, en tiempos de Malinowski, fue una innovación considerable respecto de los abordajes tradicionales, no por ello el involucramiento del investigador dejó de ser controlado. Prueba de esto es su diario que, escrito en 1920, vio la luz en los años 60, con el relato de las experiencias y las emociones –muchas de ellas desagradables– que el antropólogo excluyó de sus escritos más formales. Hasta los años ’50, las experiencias y las emociones que la observación participante evocaba no eran relatadas en absoluto. Incluso cuando surgían esos reportes, como el de Malinowski, eran puestos a salvo de la antropología hegemónica y relegados al ámbito de la crónica personal (Davies, 2010: 6). Levi Strauss y su célebre “Tristes trópicos” es uno de los ejemplos de la conciencia acerca de cómo las emociones se ponen en juego en el terreno. Pese a ello, estas seguían sin ser integradas en el análisis teórico-metodológico.

En los años ’70, el trabajo de Devereaux (1967) disparó las discusiones en torno a las reflexiones psicológicas en el campo. La pasión, el sabor y la emoción tuvieron su reconocimiento en tanto cooperadoras en la ciencia como en cualquier otra esfera de la práctica (James, 1995: 40). Una década más tarde, surgen un número importante de trabajos (Rabinow, 1977; Crapanzano, 1980) que exploran las relaciones intersubjetivas que se construyen en el campo entre investigador y sujetos entrevistados. Sin embargo, describir y entender el rol de las emociones resultaba secundario para una corriente que buscaba desafiar un modelo objetivista que negaba el valor del diálogo y la intersubjetividad en la construcción de conocimiento (Davies, 2010:9). Finalmente, en el último cuarto del siglo XX, Stoller (1987), Jackson (1989) y Crapanzano (1998), entre muchos otros, subrayan el carácter colaborativo del trabajo de campo y la producción de conocimiento en el espacio “entre” el observador y lo observado o entre el sujeto y el objeto. Los estudios feministas que resaltaron el lugar central de la emoción en la experiencia humana contribuyeron en esta dirección.

A lo largo de mi experiencia de campo, fui incluyendo las emociones, los sentimientos y los sentidos como parte integral de los datos etnográficos. Dejarlos afuera me obligaba a excluir hallazgos que sólo se hacían evidentes si incluía otros modos de conocer. ¿Es posible comprender la desigualdad sin atender al trabajo emocional que hubo que hacer para estar en el terreno? La forma inicial de aprehenderla se impuso a través del cuerpo, de los sentidos, de exponerme a la risa, a la indignación, a la bronca, a la pena. En mis conversaciones con mujeres acerca de sus trayectorias educativas, por ejemplo, atender al fastidio o el desagrado que me generaban ciertas apelaciones al “*rol de la mujer en la sociedad*” me permitió pensar y documentar una lucha discursiva e ideológica librada en torno de representaciones culturales respecto de la mujer y la familia que, aún cuando me sentía interpelada, implicaba más bien disputas entre fracciones de la clase dominante que se libran en el propio trabajo de representación de género.

A pesar de la advertencia de Lorenza, no sé si es posible evitar, al escuchar a los entrevistados, sentir rechazo, en algunas situaciones, o caer en la celebración, en otras. Creo que el trabajo de campo, entendido como “relaciones en el campo”, implica registrar una experiencia que involucra necesariamente una dimensión subjetiva. La “reflexividad etnográfica” implica volverlas parte constitutiva de la construcción del conocimiento (Rockwell, 2009; Stoller, 2009). El respeto que me

generaron algunos sujetos en el campo, la “diversión” o el rechazo que provocaron otros se configuran y se forjan en el orden social: son resultados reales, anticipados, recolectados o imaginados de las relaciones sociales, y por eso, decodifican relaciones de poder (Otero Bahamón, 2006).

La construcción intersubjetiva de conocimiento también me obligó a reparar en el carácter sensible de la desigualdad. ¿Acaso ésta puede ser entendida sin hacer alusión a las sensaciones que se construyen a partir de la interacción con los sujetos de la investigación? Algunas epistemologías señalan que no. Herztfeld (2001) destaca que la percepción sensorial es una parte integral de las relaciones entre los sujetos: el olor, por ejemplo, crea fronteras sociales, no porque algunos olores sean naturalmente desagradables, sino porque se construyen culturalmente así. Neufeld y Thisted (1999) describieron cómo ciertas consideraciones en torno del “olor” refuerzan estigmatizaciones entre niños en las escuelas. Los sentidos, como el olfato, proveen medios para construir clasificaciones de etnicidad y clase, entre otras. Volviendo a mis encuentros iniciales con Lorenza Tanoyra Benegas recuerdo que desde un primer momento me había parecido “muy elegante”. Cuando intento describir ahora qué caracterizaba esa elegancia, me doy cuenta de que no llevaba puesto nada que, en sí, llamara la atención: una pollera y una polera negras. Sin embargo, quedé deslumbrada por su amabilidad, su sonrisa constante y su modo “confiado” de moverse. En otra oportunidad, otra entrevistada me dirá que *“uno se da cuenta quien es de clase alta cuando la ve. Esto me lo dijo mi marido, que es de otra clase. Es raro que entren a un lugar con timidez, entrás pisando fuerte porque no sé quién te dijo que sos un pelotudo que estás en la cima, eso te da seguridad social”*. Precisamente lo que Lorenza me transmitía era “seguridad social”, a través de su manera de pararse, de moverse, de hablar y de “estar en el mundo”. Fue a través de la experiencia sensual del mundo social que comencé a conocer y saber acerca de la desigualdad dado que los códigos sensoriales expresan y refuerzan jerarquías y estereotipos a través de los cuales ciertos grupos sociales son investidos –otros desprovistos– de autoridad política y moral (Herzfeld, 2001: 440).

El campo me demandó poner en juego otros modos de conocer, una verdadera relación cuerpo-mundo (Carman, 2006; Stoller, 2009). El sentimiento de opresión con el que salía de algunas entrevistas aparentemente era una anécdota, sin embargo, podía dar indicios de la violencia simbólica que opera la desigualdad. También hablaba de las presiones que generan las aparentes libertades disponibles y de lo “sujetos” que se encuentran mis entrevistados: marcas de sujeción que deben tanto a la libre elección como al condicionamiento. Esto me permitió atender y documentar el esfuerzo que realizan los entrevistados por adecuarse a ciertas convenciones sociales o el trabajo de constitución de un “cuerpo apto” (Badaró, 2009 y Méndez, 2010). Una voluntad para la cual no todo el mundo posee la disposición.

La desigualdad produce marcas en los otros, deja rastros, sensaciones en los cuerpos de los sujetos que entran en relación: seguridad en el cuerpo de los privilegiados, inseguridad, opresión, asombro en el de los subalternos. Esas huellas tienen que ver con las diferencias construidas y aprendidas en la vida cotidiana. Los modos en que las personas se visten, se muestran, hablan, huelen y tocan participan de construcciones culturales que hacen que sean estigmatizadas o tratadas con respeto, que sean identificadas con un grupo, con una comunidad o una clase social. Los sentidos producen formas específicas de clasificación y decodificación de relaciones de poder

(Robben, 2008). Esa dimensión de la diferencia que es pasible de ser aprehendida a través de los sentidos no podía quedar excluida de mi análisis.

Dejarme llevar por el terreno implicó asumir que para reunir “datos precisos” los etnógrafos violan los cánones de la investigación positivista. Nos involucramos de manera íntima con las personas que estudiamos (Bourgois, 2010: 43). La experiencia etnográfica implica un estar-sentir-saber ahí (Rockwell, 2009) que, sostengo, no debe ser silenciada ni confinada al diario de campo.

Elogio de la propia experiencia

No hay etnografía ideal. Fundada en lo imprevisto y en los cambios de perspectivas, la investigación no puede ser dominada; a lo sumo puede ser mejorada con un único principio fundamental: el respeto por las personas estudiadas (Ghasarian, 2008: 13). Los errores en el campo –que fueron muchos– los imprevistos y obstáculos experimentados en el proceso, las redefiniciones que tuvieron lugar, la distancia entre lo planeado y lo realizado, las influencias de la propia posición social en la producción, las dificultades encontradas y la manera de sortearlas, fueron parte esencial del modo en que construí mis interpretaciones a lo largo de la investigación.

El trabajo de campo, se señaló, es una experiencia personal e irrepitable, biológica, afectiva y cognitiva. Y esto no mella en absoluto la pretensión científica de la etnografía ya que la objetividad no está dada por las condiciones en del campo sino que es un logro tanto más sólido cuanto más haya podido el etnógrafo ser consciente de su propia subjetividad al redactar registros y diarios de campo. Es decir, es un logro relativo al proceso de análisis, de la consistencia y la coherencia del trabajo conceptual más que de las condiciones de la percepción primaria en el campo (Rockwell, 2009: 64).

Si entendemos que la etnografía es una experiencia personal de aprendizaje y transmisión, entonces un objeto social puede asumir una infinidad de descripciones. Cada texto etnográfico es el reflejo no de una realidad, sino de una sensibilidad. En este sentido, el abordaje no tiene ninguna pretensión de transformar la realidad social. La transformación más importante que logra la etnografía ocurre en quienes la practicamos. La experiencia de campo y el trabajo analítico deben cambiar la conciencia del investigador y modificar su manera de mirar los procesos sociales (Rockwell, 2009: 30). Por eso decimos que el antropólogo hace campo y es hecho por el campo.

Epílogo...

Obviamente, luego de poner punto final en el trabajo de tesis doctoral, todas las interpretaciones allí volcadas se volvieron provisorias. A partir de nuevas lecturas –propias y de colegas o de la comunidad estudiada– afinar el análisis es una tarea siempre inacabada. En definitiva, no escribí la etnografía que quise, sino la que pude. Y reconciliarme con este hecho fue otro de los tantos aprendizajes del proceso de tesis. “Educación y clase alta: etnografía de una relación” fue la experiencia que pude narrar en respuesta a ciertas inquietudes que tengo y para las cuales no tengo más respuesta que escribir, entrar en diálogo con los otros y tratar de acercarme

cada vez más a una mejor interpretación (Lahire, 2004). Después de todo, esto no termina con la escritura sino que sigue con el lector. Nuestra escritura y nuestras interpretaciones crecen en público y cambiar de idea parece el camino inevitable. Volver sobre el propio texto implica, como siempre, las nauseas, la sensación de fraudulencia y el deseo demasiado tardío de blandir el bolígrafo rojo por todas partes. Con suerte también haya algo más: aquí y allá, en puntos muy aislados la sensación de que esa línea, aquel párrafo...eran exactamente los que se pretendía escribir, y por un momento... nos sentimos bien. Esa sensación sienta bien (Smith, 2011: 159).

*Victoria Gessaghi, Doctora en Antropología Social (UBA). Investigadora del CONICET. Docente en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad de La Matanza. Investigadora del Programa de Antropología y Educación, FFyL, UBA y del Programa Educación, Conocimiento y Sociedad de la FLACSO. Integra el Núcleo de Estudios sobre Elites y Desigualdades Socioeducativas de la FLACSO. Contacto: victoriagessaghi@hotmail.com.

Notas

¹ A nivel internacional este es un campo bastante explorado: desde la ya clásica invitación de Nader a “studying up” (Nader 1972) a los trabajos de George Marcus sobre las Elites (Marcus 1983), pasando por el estímulo de Rockwell (2001) a los antropólogos latinoamericanos a documentar lo conocido pero no dicho por los que están en el poder. En la Argentina, el desarrollo de una tradición que dé cuenta de los aportes de nuestra disciplina a la comprensión de estos grupos sociales, o de los procesos en los que participan, es muy reciente, pero no por ello debe ser subestimado (Badaró y Vecchioli 2009; Gessaghi 2011a; Hernández 2010; Servetto 2010)

² La sugerencia de que la clase está declinando en su importancia ha sido un tema sumamente reiterado en la literatura sociológica desde la publicación del trabajo “La declinación y la caída de la clase social” de Nisbet en 1959 (Hout, et al 1993). Distintos autores han venido señalando que, en las sociedades contemporáneas, nuevas formas de inequidad emergen para opacar los determinismos de las desigualdades de clase. Me referí detalladamente a esa discusión en Gessaghi, 2006.

³ Grupos de parentesco nucleados en

torno de ciertos “apellidos”. El nombre familiar es el primer signo que marca la pertenencia o no a este grupo social. El apellido remite a una red de “familias tradicionales” cuyos nombres se vinculan con quienes formaron parte de la “elite fundadora de la patria”, están relacionadas con “la tierra” y tienen un pasado en el país con anterioridad a las inmigraciones masivas. La “clase alta” tiene “antigüedad”, su trayectoria no es reciente. El apellido evoca vínculos en común entre los distintos entrevistados y contribuye a generar lazos de confianza y eventuales solidaridades u obligaciones.

⁴ Me refiero a los desarrollos impulsados por Elsie Rockwell en el DIE en México y la Red de Antropología y Educación en Argentina.

⁵ Retomo aquí el planteo de Thompson para la clase obrera. “La clase obrera no surgió como el sol, a una hora determinada. Estuvo presente en su propia formación” (2002: 19) y “La clase obrera se hizo a sí misma tanto como la hicieron otros” (2002: 24)

⁶ Una primera versión de algunas partes que integran este apartado fue publicado en el Boletín de Antropología y Educación Sec-

ción de Antropología Social, Instituto de Ciencias Antropológicas. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires N° 03. Diciembre, 2011; bajo el título de: “La experiencia etnográfica y la clase alta: ¿nuevos desafíos para la antropología?”.

⁷ Retomo los planteos de Davies (2010) quien sostiene que *los estados o modos de estar* del investigador –es decir, sus emociones reacciones y experiencias– en el trabajo de campo pueden habilitar o inhibir la comprensión que la etnografía desea generar.

⁸ Entrevista realizada a Lorenza Tanoyra Benegas, 60 años, Profesora de Latín, mayo de 2007. Casada con Patricio García Pueyrredon. Pertenece a una familia de jueces y diplomáticos conocidos por su actuación pública a través de los diarios nacionales.

⁹ El antropólogo jamás se vuelve un nativo. La famosa apelación a “Going native”, en la antropología, es una ilusión que nunca se completa acabadamente. Por “nuevo” ambiente me refiero aquí a algo que resultaba novedoso pero ello no implica una separación

del mundo del investigador. El mundo de “la clase alta” se construye en una configuración que los trasciende y que la pone en relación con otros sectores sociales. Esa relación es su condición de posibilidad.

¹⁰ Las familias se concentraban mayormente en un barrio de la ciudad céntrico, bien conectado y de fácil acceso.

¹¹ Muchos colegas, ante la presentación de avances de la investigación en congresos y reuniones científicas, manifestaban la preocupación acerca de cómo había logrado “acceder” a los sujetos de estudio pertenecientes a la “clase alta”.

¹² Sobre la necesidad de evitar volverse instrumento de aquello que uno pretende pensar véase Bourdieu, 1985. Sobre el científico social como vocero véase Latour, 2008.

¹³ La particularidad del conocimiento científico no reside en sus métodos –que son los mismos que usan los actores para conocer, describir y actuar en su propio mundo– sino en el control de la reflexividad y su articulación con la teoría social (Guber 2001: 46).

Bibliografía

Abélès, M. (2008) *Campo y subcampo*. Ghasarian, C. *De la etnografía a la antropología reflexiva*. Buenos Aires: Ediciones Del Sol.

Badaró M. y V. Vecchioli (2009) Algunos dilemas y desafíos de una antropología de las elites. *Etnografías contemporáneas*, Año 4, Vol 4, Septiembre de 2009, 7-20, UNSAM Edita.

Badaró, M. (2009) *Militares o ciudadanos. La formación de los oficiales del Ejército Argentino*. Buenos Aires: Prometeo.

Batallán, G. (2007) *Docentes de infancia: antropología del trabajo en la escuela primaria*. Paidós : Buenos Aires.

Bourdieu, P (1985) *Respuestas por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.

Bourdieu, P. (2013) *La nobleza de estado*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bourgois, P. (2010) *En busca de respeto*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Carman, M (2006) *Las trampas de la cultura*. Buenos Aires: Paidos

Cerletti L. y Gessaghi, V (2012) Clases sociales, trabajo de campo y desigualdad. Discusiones a partir del enfoque etnográfico. *Revista PUBLICAR*. N°13, 2012, Colegio de Graduados en Antropología Social.

Crapanzano V. (1998) *Hermes' Dilemma and Hamlet's Desire: On the Epistemology of Interpretation*. Cambridge: Harvard University Press.

Crapanzano, V. (1980) *Tuhami: Portrait of a Moroccan*. Chicago: University of Chicago Press.

Davies, J. (2010) Introduction: Emotions in the Field. Davies, J y D. Spencer *Emotions in the Field. The Psychology and Anthropology of Fieldwork Experience*. California: Stanford University Press.

Devereaux, G. (1967) *From anxiety to*

Method in the Behavioural Sciences. Mouton: The Hague.

Gessaghi, V. (2006) Las clases dominantes como objeto de la antropología social. Algunas reflexiones para el debate en torno de los procesos socioeducativos. VIII Congreso Argentino de Antropología Social. Universidad Nacional de Salta.

Gessaghi, V. (2011) La experiencia etnográfica y la clase alta: ¿nuevos desafíos para la antropología? Boletín de Antropología y Educación Sección de Antropología Social, Instituto de Ciencias Antropológicas. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires N° 03. Diciembre, 2011.

Ghasarian, C. (2008) *De la etnografía a la antropología reflexiva*. Buenos Aires: Ediciones Del Sol.

Guber, Roxana (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Editorial Norma.

Hernández, V. (2010) Elites: elucidación antropológica de una práctica de poder. (IRD-UNSAM) Ponencia presentada en la 1° Reunión Internacional sobre Formación De Las Elites. Flasco. Octubre 2010

Hertzfeld, M. (2001) *Anthropology. Theoretical Practice in Culture and Society* Oxford: Editorial Basil Blackwell

Hout, M., Brooks, C. y Maza, J. (1993) The persistence of classes in post-industrial societies. *International Sociology*, vol. 8, n° 3, septiembre.

Jackson M. (1989) *Paths Towards a Clearing*. Bloomington and Indianapolis: Indiana University Press.

Jackson, M. (2010) From anxiety to method in Anthropological Fieldwork: an appraisal of George Devereaux's Enduring Ideas. Davies, J y D. Spencer *Emotions in the Field. The Psychology and Anthropology of Fieldwork Experience*. California: Standford University Press.

James, W. (1995) *Selected Writings*. London: Eryman.

Lahire, B. (2004) *El hombre plural*. Madrid: Ediciones Bellaterra.

Latour, B. (2008) *Reensamblar lo social*.

Buenos Aires: Paidós.

Marcus, G. (1983) *Elites, Ethnographic issues*. Albuquerque: University of New Mexico.

Marcus, G.E. (1992) *Lives in Trust: The fortunes of dynastic families in late twentieth America* Boulder: Westview Press.

Mendez, A. (2010) El Colegio Nacional de Buenos Aires y sus dispositivos de socialización en un valor moral". Ponencia presentada en: 1 Reunión Internacional sobre Formación de las Elites "La Formación de las elites: nuevas investigaciones y desafíos contemporáneos" FLACSO, 28 y 29 de Octubre de 2010. Buenos Aires.

Nader, L. (1972) *Up the Anthropologist: Perspectives Gained from Studying Up*. Dell Hymes, ed. *Reinventing Anthropology*. N.Y.: Pantheon Books.

Neufeld, M. R. et al. (1999) *De eso no se habla los usos de la diversidad en la escuela*. Eudeba, Buenos Aires.

Otero Bahamón, S. (2006) Emociones y movimientos sociales: algunas claves útiles para estudiar el conflicto armado. Colombia internacional. Recuperado el 29 de noviembre de 2009, de <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=81206309>

Pina-Cabral J. y A. Pedroso de Lima (1999) *Elites: Choice, Leadership, and succession*. Oxford: Berg.

Pinçon, M. E Pinçon - Charlot M. (2002) A Infância dos chefes. A socialização dos herdeiros ricos na França", en Almeida, A. M (org.) *A escolarização das elites. Um panorama Internacional da pesquisa*, Petrópolis, Rio de Janeiro: Editora Vozes.

Pinçon, M. y Pinçon-cCharlot, M. (2000) *Sociologie de la bourgeoisie* Paris : La Découverte.

Rabinow, P. (1977) *Reflections of Fieldwork in Morocco*. Berkely: University of California Press.

Robben, A. (2008) *Sensorail Fieldwork*. A. Robben y J.A. Sluka (Ed.), *Ethnographic fieldwork: an anthropological reader*. Oxford: Blackwell.

Rockwell, E. (2001) Caminos y rumbos de la investigación etnográfica en América Latina. *Cuadernos de Antropología social* N° 13 Sección de Antropología Social. Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Rockwell, E. (2009). *La experiencia etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos*. Buenos Aires: Paidós.

Rockwell, E. y J. Espeleta (1985) Escuela y clases subalternas. Rockwell e Ibarrolla comp *Educación y clases populares en América Latina* México: IPN-DIE.

Servetto, S. (2010) Procesos de socialización en las escuelas católicas de Córdoba. Ponencia presentada en el Primer Seminario Taller De Antropología Y Educación La Antropología De La Educación En Argentina. Problemas, Prácticas Y Regulaciones Políticas” Córdoba, Abril, 2010.

Shore, C y Nugent, (2002) *Elite Cultures: Anthropological Perspectives* London: Routledge.

Smith, Z. (2011) *Cambiar de Idea* Buenos

Aires: Editorial Salamandra.

Stoller P. (1989) *The Taste of Ethnographic Things: The Senses in Anthropology*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

Stoller, P. (2009) *The power of the between. An anthropological odyssey* Chicago: The University of Chicago Press

Thompson, E. P (2002) *Thompson, Obra Esencial*. Barcelona: Editorial Crítica.

Thompson, E. P. (1984) La sociedad inglesa del siglo XVIII: ¿lucha de clases sin clases?. *Tradicción, revuelta y conciencia de clases*. Madrid: Ed. Crítica.

Tiramonti, G. (2004) *La trama de la desigualdad educativa. Mutaciones recientes en la escuela media*. Buenos Aires : Manantial.

Wagner, A. C (1998) *Les nouvelles élites de la mondialisation*. Paris : Presses Universitaires de France.

Yanagisako, S. (2002) *Producing culture and capital. Family Firms in Italy*. California. Princeton University Press